

TENSIONES Y POTENCIAS DE LA CARTOGRAFÍA SOCIAL EN LA PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTOS TERRITORIALES

César Andrés Ospina Mesa¹
Instituto de Estudios Regionales
Universidad de Antioquia

INTRODUCCIÓN

La incursión de nuevas tecnologías de la información y la comunicación han potenciado la emergencia de los mapas en la vida cotidiana de los individuos. Nos topamos con ellos en aplicativos móviles con sistemas GPS, sistemas de información geográfica (SIG) privados o de código abierto y como trasfondo estratégico de geolocalización en las redes sociales, muchos de ellos en conexión con dispositivos inteligentes con los que interactuamos a diario. En efecto, los mapas han dejado de ser tan solo un documento con información sobre el territorio o un objeto de consulta en los Atlas nacionales o mundiales. Hoy, asistimos a procesos de geolocalización en el que las redes tecnológicas han hecho del mapa un instrumento de captura de información y análisis de todo tipo de procesos sociales, en el que los datos provienen de múltiples escenarios. Cada vez más, desde el plano de nuestra vida cotidiana, vamos produciendo datos de manera autónoma sobre lugares, acontecimientos, personas, gustos, etc. Como sabemos, toda esta información va haciendo parte de bases de datos nacionales y/o globales que funcionan en red para distintos fines.

Si bien los procesos cartográficos se han especializado y situado en la dinámica cotidiana de los individuos, también han sido parte de procesos estratégicos por la lucha y defensa de los territorios de múltiples comunidades alrededor del mundo. La cartografía, en este caso, ha adquirido ciertas denominaciones, a partir de los territorios, actores y saberes que la agencian. Así, la cartografía adquiere el apelativo de social, crítica, alternativa, participativa o colaborativa; se le ha denominado contra-mapeo, auto-cartografía, mapa parlante o planos vivos, entre otras.

En la mayoría de los casos, estas formas de la cartografía la sitúan como una estrategia participativa que aporta a la visibilización de narrativas de los territorios, que bien han sido cooptadas u ocultadas históricamente por dinámicas hegemónicas de orden político, económico o cultural. En ese proceso se ponen en juego conocimientos territoriales en los que interactúan, generalmente, organizaciones no gubernamentales, la academia, el Estado, la

¹ Filósofo y magister en Estudios Culturales de la Pontificia Universidad Javeriana. Docente e investigador del Grupo Estudios del Territorio asociado al Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, Colombia. cesara.ospina@udea.edu.co

empresa y los mismos actores locales, poniendo en tensión y posibilidad aspectos fundamentales del territorio en clave de garantía de derechos, resolución de conflictos, reconocimiento de dinámicas culturales, entre otras.

En principio, pareciera que estas modalidades de la cartografía la sitúan como una estrategia pertinente para los procesos de movilización de grupos humanos en el que el territorio es objeto de disputa. Sin embargo, ¿cuáles son los alcances, potencialidades y tensiones de estas cartografías? ¿qué significa que aquellos grupos humanos mapeen sus territorios? ¿hasta qué punto esos procesos de mapeamiento han sido nodales frente a las diversas demandas de esos grupos humanos? ¿en qué sentido estas cartografías se sitúan en contra o como alternativa a las cartografías oficiales? ¿estas cartografías no han sido ya cooptadas por formas de gobierno que canalizan lo “territorial” hacia intereses particulares de poder económico y extractivo?

Estas y otras preguntas han sido parte de muchos de los investigadores que hemos trabajado con la cartografía en sus modalidades anteriormente referenciadas. Es casi un hecho dado que estas formas de la cartografía son, por lo menos metodológicamente, pertinentes y efectivas a la hora de re-conocer el territorio y sus saberes. Sin embargo, en esta ponencia quisiera enfocarme no tanto en las formas sino en las posibilidades de la cartografía denominada social² para entender las dinámicas de los territorios, teniendo en cuenta mi experiencia y las posturas de algunos investigadores al respecto.

Mi tesis radica en que la cartografía social si bien ha sido una herramienta clave en algunos procesos comunitarios, donde el territorio es objeto de lucha y demanda de derechos, se debe tener en cuenta los alcances de la herramienta, en el entendido de que cada vez más es usada tanto como comodín para una supuesta participación de la comunidad en ciertos procesos de orden gubernamental y de empresas privadas, o como una herramienta que por sí misma garantizaría la horizontalidad en la construcción de conocimientos territoriales, en el que muchas veces se esencializa lo comunitario. Epistemológicamente, habrá que preguntarse por el sentido “social” de la cartografía, qué se quiere movilizar con este apelativo y, metodológicamente, debemos preguntarnos por la técnica misma y su alcance, con quién dialoga, en dónde y para qué se implementa la técnica: dibujar mapas no necesariamente es hacer cartografía social.

² Hago uso de la denominada cartografía social, teniendo en cuenta que en mi experiencia en el grupo de investigación Estudios del Territorio-GET, asociado al Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, hemos venido trabajando esta forma de hacer cartografía y pensando en el apelativo “social” como un componente fundamental en la producción colaborativa de conocimientos territoriales, que abordaré más adelante.

En ese orden de ideas, mi exposición se organiza de la siguiente manera: en un primer momento, hago una reflexión sobre el mapa, algunas de sus implicaciones históricas y epistemológicas. En segundo lugar, hablo sobre el proceso de cartografía social o mapeamiento y cómo ha sido entendido por algunos autores de mi interés. Con estos dos momentos, traigo algunas reflexiones sobre las tensiones de la cartografía social, a partir de los análisis de dos investigaciones sobre el Pacífico y el Caribe colombianos, para, finalmente, dejar planteada la discusión sobre las potencialidades y alcances de la cartografía social desde mi experiencia en el Grupo de Estudios del Territorio del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia.

EL MAPA EN LA CONSTRUCCIÓN DE CONOCIMIENTO

Es de común acuerdo entre distintos estudiosos de la cartografía, que los mapas se han configurado como un instrumento de poder (Harley, 2005; Castro-Gómez, 2005; Acselrad & Régis, 2008; Offen, 2009; Montes, s.f.; Montoya, 2009; Mignolo, 2016). En sus reconocidos estudios sobre historia de la cartografía, Harley plantea que los mapas son un tipo de lenguaje que vinculan códigos, contextos, lectores, autores, censuras, discursos, políticas, constituyéndose en imágenes retóricas determinadas por reglas y usos sociales. Los mapas son imágenes cargadas de valor, que contribuyen a un diálogo en un mundo construido socialmente. Conciben, articulan y estructuran el mundo humano apuntando a grupos particulares de relaciones sociales (Harley, 2005). En esa perspectiva, los mapas re-describen el mundo, al igual que otros documentos, en términos de relaciones y prácticas de poder, preferencias y prioridades culturales. No son simplemente objetos que conjugan un conjunto de técnicas, sino que logran ubicar acciones humanas en el espacio, lo que los convierte en formas de conocimiento (Harley, 2005, pág. 61).

Para Ascelard y Régis, los mapas son un discurso político al servicio del Estado. Fueron utilizados para definir el Estado como una entidad espacial, así como para construir nacionalismos pos-coloniales (Ascelard & Régis, 2008). Desde la colonización, por lo menos, los mapas emergieron como instrumentos en el ejercicio de poder sobre los territorios y las poblaciones, implicando un cotejo de información relevante para el control estatal de la conducta de la población sometida, al igual que la supervisión directa de dicha conducta. Con esto nos referimos al hecho de que el objeto mapa ha servido como herramienta en el ejercicio del poder sobre las poblaciones, en la medida en que las representaciones contenidas en ellos lograron incorporar la geografía física de los territorios y la geografía moral de los individuos,

desde un punto de observación único en el cual todo lo demás converge (Castro-Gómez, 2005).

Desde el mapa colonial, pasando por los mapas militares, catastrales, político-administrativos, etc., los mapas han sido pieza fundamental para la dinámica de formas de gobierno particulares que históricamente han hecho tabula rasa del territorio para luego cargarlo de sentido con decisiones políticas, culturales y económicas que obvian las diversas formas en que los territorios han sido habitados. Los mapas son fundamentales en las prácticas de los actos de vigilancia, en tanto que son recursos de autoridad desde los cuales se controla la información y el conocimiento, sirviendo como instrumento de control del espacio y facilitando la expansión de los sistemas sociales (Harley, 2005).

Hablamos de formas de gobierno en la medida en que la cartografía tuvo su despliegue en conjunto con una serie de prácticas que, a nivel intra-europeo, y luego de la expansión marítima de Europa en el siglo XV-XVI, movilizaron la soberanía comercial y territorial sobre los nuevos lugares “descubiertos” y sobre la conducta de sus habitantes. Desde entonces todo puede ser observable, medible, cuantificable y mapeable de cara a las relaciones comerciales y de producción. Los grupos humanos que habitaban los territorios conquistados fueron asimismo mapeados, caracterizados y clasificados para hacerlos útiles a la lógica del capitalismo comercial (Mignolo, 2016) (Castro-Gómez, 2005).

Sin embargo, no solo el poder del imperio desde la colonia hasta el poder regentado hoy por diversas transnacionales y organismos multilaterales, han hecho uso de los mapas para resignificar territorios, poblaciones e identidades. El mapa también ha sido construido por comunidades indígenas desde la colonia y por diversos actores de orden local, en nuestros días, de cara a contrarrestar la hegemonía cartográfica de entidades estatales y supraestatales. En todo caso, el mapa ha sido objeto de disputas y decisiones sobre los territorios, pero, también, ha sido elemento fundamental en la forma de conocer occidental, a partir de la cual se clasificaron y subalternizaron territorios y poblaciones. Si el mapa ha servido a este propósito, el objeto mapa en la cartografía social viene a contrarrestar esas dinámicas de poder, a partir de la intervención de los mapas oficiales o la construcción de mapas a mano alzada que, en clave pedagógica, metodológica y política, intentan propiciar escenarios para un re-conocimiento de las dinámicas propias de los territorios.

DEL MAPA AL MAPEAMIENTO

Existen publicados buena cantidad de textos producto, en su mayoría, de procesos de investigación donde la cartografía social ha sido utilizada como herramienta metodológica o

como estrategia para la defensa del territorio. Acselard & Régis plantean el mapeo participativo como una herramienta poderosa tanto para el control, la organización y la creación de estrategias comunitarias, a su vez que para transmitir éstas visiones hacia el exterior (Acselard & Régis, 2008). Vladimir Montoya, por su parte, entiende la cartografía social como una metodología de construcción de conocimiento que subvierte los lugares de enunciación, las categorías de validación y la gramática hegemónica de la ciencia positiva occidental (Montoya, 2009, pág. 116). Habegger y Mancila plantean la dinámica de la cartografía social como “un proceso democrático de construcción de conocimiento a través de la transcripción de la experiencia de los lugares no nombrados, donde los miembros de la comunidad analizan colectivamente los problemas sociales, en un esfuerzo por comprenderlos y solucionarlos” (Habegger & Mancina, 2007, pág. 6). Finalmente, Simon Hosie desde su trabajo cartográfico-antropológico con comunidades cartageneras en Colombia, llama la atención sobre lo que denomina “Planos Vivos” entendiéndolo como una herramienta de conocimiento que permite contribuir a identificar las principales líneas de tensión en una realidad socioespacial, constituida por antagonismos y alianzas entre comunidad, Estado y empresa (Hosie, 2017).

Si bien la cartografía social ha servido como herramienta para la defensa de los territorios, en general, también ha sido tanto pedagógica como epistemológicamente una estrategia para la construcción colectiva de conocimientos territoriales, que abogan por la emergencia y visibilización de saberes situados, históricamente ocultos y, a su vez, como herramienta crítica de la manera en que la memoria geográfica de la mayoría de la población viene siendo cooptada o manipulada.

Montoya, García y Ospina afirman que en los últimos 20 años asistimos a procesos de mapeamiento en diversas partes del mundo, desde los cuales se pretende una revolución epistémica y política por parte de comunidades étnicas y diversos movimientos sociales, campesinos y ciudadanos, que ponen sobre la mesa el debate sobre el reconocimiento de prácticas tradicionales, saberes ancestrales, derecho a la ciudad, entre otros asuntos donde la vida en el territorio es fundamental (Montoya, García, & Ospina, 2014). Casos como el Proyecto Nueva Cartografía Social de la Amazonía (PNCSA), en Brasil, hacen uso de la cartografía como estrategia de movilizaciones políticas transformando los mapas en un instrumento de lucha y publicidad de derechos territoriales y étnicos (Almeida, 2013).

En Colombia, la cartografía social emerge junto con la Investigación Acción Participativa (IAP), a través de experiencias desarrolladas con comunidades indígenas del suroccidente del país durante las décadas de los años setenta y ochenta del siglo XX. Los llamados mapas

parlantes buscaron desarrollar un sistema de autoinvestigación, de recuperación cultural y de educación, sobre la base del saber oral y tradicional para la construcción de un corpus de conocimientos actualizados (Montoya, García, & Ospina, 2014). Por su parte, el Observatorio de Territorios Étnicos (OTE), ha venido acompañando procesos de mapeamiento con comunidades negras en diferentes territorios de la nación colombiana. Dichas cartografías han partido de los conocimientos propios relacionados con el uso de los recursos, la recuperación y sistematización de la memoria local, identificación de amenazas surgidas por el conflicto armado interno, megaproyectos, entre otros, planteando alternativas para la gestión territorial y el tratamiento de conflictos (Ibíd.).

Finalmente, una compilación de análisis sobre mapeo participativo titulada: *Mapas y derechos: experiencias y aprendizajes en América Latina* (Salamanca & Espina, 2012), aborda diversas perspectivas de cartografía social en la región, mostrando que las experiencias de los procesos colectivos de construcción de mapas comunitarios potencian la reflexión colectiva sobre territorios compartidos, abordajes innovadores sobre amenazas comunes y la identificación y construcción de alternativas, iniciativas y proyectos de futuro.

En ese orden de ideas, si bien el mapa ha sido el producto o punto de partida principal de las distintas modalidades de cartografía, lo que allí interesa es el proceso del mapeamiento, es decir, la manera a través de la cual se articulan métodos y metodologías que brinden las condiciones de posibilidad para llevar a cabo una estrategia de construcción de conocimientos territoriales, en pro de diversas demandas de los territorios y sus habitantes. Al hablar de construcción de conocimientos territoriales hago referencia a la puesta en escena y al diálogo entre diversos actores que habitan un territorio en particular, y desde la cual emergen tensiones y potencialidades que permitirán o no vislumbrar rutas para abordar las exigencias que dichos territorios están demandando. En ese proceso, dialógico si se quiere, pero siempre en tensión y conflicto, emergen conocimientos situados que bien pueden contrarrestar el orden de aquellos hegemónicos impuestos o bien re-crear los saberes propios de una comunidad y su territorio.

Para Oslender, mapear y su artefacto final, el mapa, es el producto de una actividad que “nos permite interpretar distintas perspectivas y representaciones del espacio, así como distintas experiencias y maneras de relacionarse con el mundo” (Oslender, 2017, pág. 250). El “mapeo” es una práctica y una acción de reflexión en la que el mapa es solo una herramienta que facilita el abordaje y problematización de territorios sociales, subjetivos, geográficos. Más que un fin, el mapeamiento constituye un medio para el intercambio y socialización de

saberes y prácticas, identificación de relaciones de poder, disputa de espacios hegemónicos, entre otros (Ares & Risler, 2013).

Sin embargo, más allá de los mapas, los procesos de mapeamiento han configurado, ubicado y desubicado territorios y poblaciones en el marco de formas de gobierno particulares, formas de gobierno que bien pueden ser desde agentes externos a los territorios o bien desde los territorios mismos. En este sentido, la cartografía social puede tener un doble filo: por una parte, ser una estrategia clave para abordar dinámicas territoriales de cualquier orden, pero, a su vez, permitir la entrada de ciertos agentes con intereses particulares sobre los territorios, sobre todo económicos-extractivos o, por su parte, una suerte de resignificación de nuevos espacios nominales donde anteriormente no existían. Veamos.

TENSIONES DEL PROCESO CARTOGRÁFICO

Entre muchas otras, dos posturas considero interesantes para abordar las tensiones en el proceso de cartografía social. En su largo trabajo con comunidades negras del Pacífico colombiano, Ulrich Oslender se pregunta hasta qué punto la cartografía social es una herramienta eficaz para los movimientos sociales que se han organizado alrededor de la defensa del territorio y de los relacionamientos amenazados por un modelo de desarrollo neoliberal (Oslender, 2017). La cartografía social en el Pacífico colombiano se constituía en un ejercicio colectivo, a partir del cual se exploraban las percepciones territoriales de las comunidades locales con el fin de plasmarlas en mapas que se instrumentalizaban después como herramienta de lucha por los territorios. Se organizaban talleres donde se construían mapas mentales, a través de las cuales se desarrollaban nociones propias de identidad y territorialidad (Oslender, 2017, pág. 254). Sin embargo, más allá de la delimitación de territorios colectivos, los talleres de cartografía y la construcción de mapas mentales servían para diferenciar las epistemologías de las comunidades negras rurales y la lógica territorial del estado-nación de Colombia.

La particularidad de las epistemologías de dichas comunidades se expresa en lo que Oslender mismo ha llamado “epistemologías acuáticas”, en el entendido de que las territorialidades de estos grupos humanos tienen al río como eje de su dinámica social. Pero, “¿cómo se veían reflejadas estas epistemologías en la producción de mapas? ¿Cómo se dejaba representar la ontología relacional del espacio acuático en un mapa bidimensional?” (ibíd.). Es de notar que el ejercicio de mapeamiento, en este caso, se encontraba en el marco de la solicitud de títulos colectivos de tierras, los cuales eran presentados a una de las instituciones del Estado, el

INCORA hoy INCODER, encargada de promover el acceso a la propiedad rural y su ordenamiento social, ambiental y cultural.

El objetivo de la cartografía social tenía dos propósitos: por un lado, que los participantes conocieran su territorio, un proceso interno de territorialización consciente y, por otro, un proceso externo de dar a conocer y comunicar sus territorialidades. Allí, el mapa funcionaba como dispositivo común de diálogo y negociación entre la comunidad y el Estado, en el entendido de que el mapa debía servir como herramienta para el reconocimiento del Estado y de los territorios sancionados. Sin embargo, lo que preocupa a Oslender es que el esfuerzo inicial de la cartografía social queda subsumido en las convenciones cartográficas dominantes, al adaptarse a concebir el espacio en términos de derecho de propiedad, perdiendo todas aquellas relaciones plasmadas en el mapa comunitario, reproduciendo y legitimando las formas de poder y la economía promulgadas por el Estado y el sistema capitalista (Ibíd., pág., 257).

En efecto, el mapa a mano alzada elaborado por las comunidades para dar a conocer las dinámicas territoriales propias que argumentarían la historia de ocupación de la tierra, quedan obviadas en el mapa oficial, en el que sólo interesa documentar la extensión de las tierras ocupadas. Con ello, el planteamiento de Oslender, entonces, pone la pregunta por el alcance de la cartografía social, cuál es su escenario de diálogo, para qué se usa y con qué fin.

El segundo análisis proviene de las reflexiones realizadas por Johana Herrera (2016), a partir de su acompañamiento a distintos procesos de comunidades negras de la región de los Montes de María, situada en el Caribe colombiano entre los departamentos de Sucre y Bolívar. Herrera se pregunta por el alcance de la cartografía social, sus distinciones, sentidos comunes y perversiones, al igual que por sus posibilidades. La tesis de Herrera radica en que la cartografía social ha servido como dispositivo de espacialización de la diferencia, que connota una politización de los territorios y sus comunidades que, anterior a la Constitución de 1991, no existían. Ello ha traído consigo la reconfiguración espacial de esta región, en el entendido de que han emergido nuevos espacios que anteriormente no existían, a partir de la manera en que son nombrados y gracias a los procesos de etnización que movilizan a la comunidad afrodescendiente.

El mapeo en dicha región se sitúa en el llamado contramapeo o contracartografía, teniendo en cuenta que la cartografía del Estado colombiano se encuentra desactualizada, tiene vacíos y alteraciones que ponen en riesgo las expectativas de defensa de los territorios y sus pobladores. Con el mapeo participativo movilizado en la región, se ha querido fortalecer las

capacidades discursivas y técnicas que permitan a las comunidades entrar en un diálogo más igualitario con entidades de orden gubernamental o privado, intentando, además, generar conocimientos y lenguajes que puedan desacomodar el lugar privilegiado desde el cual hablan el Estado y la empresa privada (Herrera, 2016).

Desde esa perspectiva, Herrera se pregunta: ¿Cuál es el papel protagónico que el mapeo participativo ha desempeñado en la etnización y posicionamiento de lo afro y de lo negro en Montes de María como un hecho cierto, como parte de un discurso de mismidad y alteridad? (Ibíd., pág., 89). Un primer elemento es cómo en el tránsito de la tierra al territorio se configuraron nuevas espacialidades, a partir de la nominación diferencial de ciertos lugares. Allí el mapa permitió sobreponer un “territorio tradicional” sobre la delimitación político administrativa existente, reconociendo, entonces, que el territorio se ha ido constituyendo a partir de las dinámicas que en él se despliegan.

Otro elemento fue la entrada de la cartografía en la región. En efecto, en tanto que esta ha sido una zona fuertemente golpeada por la violencia histórica del país, la producción de mapas comunitarios contribuyeron a caracterizar las parcelas de los campesinos afectados por dinámicas de apropiación violenta por parte de paramilitares. Este ejercicio trascendió rápidamente entre las organizaciones campesinas en apuestas reivindicativas, ya no como mapas sobre sus tierras sino como mapas para recuperarlas y defenderlas. Los mapas participativos no aparecen como tal con la etnicidad sino en las tensiones por la propiedad y uso de la tierra (ibíd., pág., 91).

Por su parte, un tercer elemento emerge de la creación, visibilidad y legitimidad del Consejo Comunitario Eladio Ariza desde el que se comienzan a movilizar lenguajes del territorio ancestral y lo afromontemariano, lo que hace posible, según Herrera, el auge de los mapas y la conformación de los “maperos”. Sin lo anterior, la cartografía social solo hubiera sido un técnica para elaborar diagnósticos territoriales y no una de las premisas políticas para mapear y seguir mapeando de cara al lugar, legitimidad y visibilidad de la región (Ibíd.).

Nuevas espacialidades a partir del proceso de etnización, elaboración de mapas que fueron constiuyéndose en objetos para las prácticas políticas de la comunidad y la apropiación de la cartografía en el marco de un lenguaje local, constituyen parte de los elementos que Herrera analiza en su estudio, para dar cuenta que si bien las comunidades han ido mapeando su territorio históricamente, el mapeamiento y su articulación con otros discursos, movilizados no pocas veces por agentes externos, han transformado no solo la forma de autorepresentación comunitaria sino el territorio mismo.

En esa dirección, Herrera plantea algunos asuntos que considero pertinentes para la reflexión. En el entendido de que la cartografía social trae consigo una interacción y un diálogo entre formas de conocimiento y representación técnico científica y tradicional:

a) a pesar de que quienes mapean no son sólo los agentes locales, sino también los agentes externos que motivan la cartografía, muchas veces se da por sentado que la relación es de tipo horizontal. Herrera llama la atención en que esa interacción se da en el marco de relaciones de poder, donde no todo se negocia y donde no se problematiza lo que llamamos tradicional, que no es otra cosa que una respuesta coyuntural a complejas situaciones territoriales. Siempre estará la tensión frente al lugar de enunciación y a las formas de representación del otro: ¿quién habla por quién? ¿desde dónde? ¿para quién?

b) El lugar de enunciación de ciertas comunidades organizadas es poderoso e influyente. Sin embargo, no siempre logra transformar complejas relaciones de poder que los excluyen o, peor aún, los arrasan. La cartografía social, así sea apropiada por las comunidades locales, materializa en el mapa una forma de demarcar y caracterizar la tierra y el territorio, promovida por una narrativa académica y estatal. ¿Quién mapea? ¿para quién mapea? Tal como lo plantea Oslender (2017) el mapa a mano alzada en el que aparecen relacionamientos propios de una comunidad con su territorio, terminan excluidos de la oficialidad, donde se habla otro lenguaje y se mueven otras representaciones.

c) Las nociones que se movilizan en el mapeo y que son sospechosamente homogéneas, como dice Herrera, muy poco se problematizan y “nos llevan a caer una y otra vez en la trampa del mapeo que sí es original, el verdadero, porque lo hace la gente...” (Herrera, 2016, pág. 102).

POTENCIAS Y ALCANCES DE LA CARTOGRAFÍA SOCIAL

En el Grupo Estudios del Territorio asociado al Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, hemos reflexionado sobre la cartografía social entendiendo que la emergencia de una ciencia social crítica y comprometida con la producción de conocimiento socialmente pertinente es producto de un complejo proceso de rupturas epistemológicas y políticas en las que las tradicionales –y artificiosas- premisas en las que se fundaba la objetividad, particularmente la separación entre sujeto cognoscente y objeto conocido, han sido problematizadas y revaluadas a la luz de experiencias diversas en la que aquellos “otros” de las investigaciones han manifestado su oposición a seguir siendo representados impunemente por el criterio de los investigadores.

Las irrupciones y reclamaciones de los discursos, prácticas y representaciones locales en el campo de la interpretación y el análisis textual, manifiestan la vivacidad de los conocimientos

y saberes que se han decantado en profunda relación con los territorios habitados y ponen de relieve que la diversidad epistémica es un acento relevante de nuestra constitución como sociedades y como individuos, aún en contra del universalismo del saber positivo auspiciado por las colonialidades del poder/saber/ser.

Las diversas formas de experimentar y narrar el territorio que emergen en los ejercicios cartográficos son para nosotros la base para comprender la cartografía social como una estrategia de producción de conocimiento, en la que se hace necesario implementar formas creativas de mapear acordes con las dinámicas de los territorios y el pensamiento situado de sus habitantes y los técnicos con que interactúan.

En esa perspectiva, entendemos la cartografía social como un instrumento para la producción de conocimiento dialógico. Su fundamento es la apertura a formas de conocer y experimentar el territorio que anteceden los procedimientos lógicos de la representación cartográfica convencional, mientras que su horizonte es la creación de espacios de encuentro y mediación de significados en los que los sujetos involucrados en los procesos de construcción de conocimiento comparten, aportan, enseñan y aprenden. Dibujar andando y andar dibujando, bien podrían ser las premisas de esta forma de producir representaciones sobre los territorios. Mediante la cartografía social se apunta al fortalecimiento de los procesos comunitarios, creando colectivamente conocimiento que aspira a trascender los espacios académicos para anclarse en los procesos organizativos locales.

Partimos de la pregunta por ¿qué tiene de social la cartografía? o ¿en qué condiciones se vuelve social la cartografía? Una premisa es la de que todas aquellas personas que viven y experimentan los territorios tienen unos saberes, experiencias y memorias que pueden aportar para la producción de las representaciones que aspiran a guiar la gestión territorial. Se trata con ello de reivindicar el valor que tiene para los colectivos sociales los aprendizajes que han derivado de su relación cotidiana con los territorios que habitan, así como de las fortalezas que se albergan en las memorias que se han sedimentado en las relaciones de larga duración con ellos.

Este punto de vista, sin embargo, parece ser parte del “lugar común” del enfoque movilizado por muchos investigadores que trabajamos con la cartografía social. Como herramienta metodológica, la cartografía social es sumamente poderosa a la hora de visibilizar dinámicas territoriales de cara a la defensa de los territorios. Del mapa a mano alzada pasando por la intervención de mapas oficiales hasta la elaboración de Sistemas de Información Geográfica participativos, diversas formas de mapear se han venido utilizando como estrategia para dar

cuenta de las particularidades y puntos de vista otros que ponen en escena lugares de enunciación en clave política.

La metodologías y los métodos utilizados en la cartografía social han de pensarse políticamente. El territorio mismo, urbano o rural, sus territorialidades, nos van diciendo el cómo del mapeamiento. Siempre estaremos en constante tensión y concertación con las personas con las que mapeamos y, en ese sentido, hay que estar abiertos a no dar por sentadas nociones, narrativas y dinámicas locales que, en tanto locales, solemos no problematizar. El diálogo de saberes o la construcción colectiva de conocimientos territoriales no se juegan solo desde lo local-comunitario, sino en la interacción -conflictiva- de los diversos agentes que inciden en los territorios. Hay que revisar las “categorías invisibles” que constituyen certezas. Los mapas y sujetos que mapean nunca son puros. No estoy de acuerdo con Oslender (2017) cuando plantea que han sido sólo los agentes externos los que han generado conflictos al interior de las comunidades. Si bien los discursos étnicos o la misma cartografía social han propiciado la emergencia de nuevas tensiones, al interior de cada comunidad también existen conflictos de largo aliento que deben ser problematizados. Nuestro lugar de enunciación como investigadores-cartógrafos debe ponerse, a su vez, en discusión. Los procesos de cartografía social nos hace preguntas de corte metodológico, epistemológico y político, que deben conducir a re-crear nuestro quehacer investigativo.

El mapa y el mapeamiento nos da qué pensar. ¿En qué medida el mapa elaborado por comunidades o grupos diferenciales reproduce y legitima formas hegemónicas de conocer y entender el territorio? ¿El mapa o el ejercicio de mapeamiento con otros qué tanto es un contra-mapa? Considero que el mapa y el mapeamiento pueden entenderse el primero como un artefacto cultural que permite *pensar con* o *pensar desde* los territorios mapeados y, el segundo, como un dispositivo en el que prácticas discursivas y no discursivas se conectan, en clave política, para producir otras narrativas territoriales que deben situarse en su justa medida y alcance, tanto metodológica como políticamente.

Frente al primer aspecto, el mapa puede ser un medio para suscitar reflexiones con los grupos en temas diversos que atañen a los territorios con los que trabajamos. En particular, resulta útil hacer uso de planimetrías oficiales que puedan ser intervenidas de cara a entender conflictos o potencialidades de la ciudad, de los barrios o de zonas rurales. El alcance metodológico y político debe estar dado por las preguntas que le hagamos a las territorialidades y no propiamente a los mapas, cuestión que llevaría un proceso de más largo aliento. En particular, la planimetría me ha sido útil para pensar otras formas de habitar la ciudad con jóvenes universitarios; también para reconocer las espacialidades de los recursos y

servicios en localidades de la ciudad junto con líderes sociales de barrios de Medellín, en talleres donde el tiempo es limitado. Allí, no propiamente se hace cartografía social, sino que se hace uso de mapas para pensar asuntos puntuales.

En el segundo aspecto, el proceso de cartografía social implica, a mi modo de ver, diseñar una estrategia metodológica que, junto con los grupos que participan del mapeamiento, atienda al quién mapea, para qué mapea, con quién dialogará el producto resultado del mapeamiento (no siempre serán mapas lo que se proponga como resultado final) y de qué manera será o no sostenible. No tiene sentido, por ejemplo, construir mapas a mano alzada que visibilizan relaciones locales con el territorio de comunidades que están demandando derechos sobre su tierra frente al Estado. Aquí es clave hablar el lenguaje del otro, so pena de que el mapa participativo se pierda en el lenguaje cartográfico oficial. Los métodos usados corrientemente en esta forma de mapeamiento bien pueden ser movilizados, pero teniendo en cuenta que el objetivo será construir un producto que pueda incidir en el escenario al que va dirigido.

Muchos ejemplos podríamos considerar al respecto, sin embargo, el territorio y su gente nos dirán siempre cómo podemos acompañar y cuál es el alcance de ese acompañamiento. Lo social de la cartografía, en esa perspectiva, debe apuntar hacia la emergencia de narrativas otras de los territorios, narrativas que se construyen sobre la base de los conocimientos territoriales de todos los agentes que en el territorio actúan. Bien lo dice Simón Hosie: “el compromiso con el empoderamiento de los habitantes, lo mismo que la incorporación de sus experiencias y saberes al análisis, no suponen la reproducción del punto de vista comunitario con exclusión de todos los demás... el valor del plano como herramienta de conocimiento radica en la posibilidad de desentrañar relaciones socioespaciales que, de no mediar la aproximación cartográfica, permanecerán ocultas o tenuemente perfiladas” (Hosie, 2017, pág. 32).

BIBLIOGRAFÍA

- Almeida, A. (2013). Nova cartografia social da Amazônia. En A. Almeida, *Nova Cartografia Social da Amazonia. Povos e comunidades tradicionais. Catálogo, livros, mapas, fascículos, simpósios, vídeos*. Manaus: UEA.
- Ares, P., & Risler, J. (2013). *Manual de mapeo participativo*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Ascelard, H., & Régis, L. (2008). Disputas territoriais e disputas cartográficas. En H. Ascelard, *Cartografias Sociais e Território*. Rio de Janeiro: IPPUR/UFRJ.
- Castro-Gómez, S. (2005). *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Habegger, S., & Mancina, J. (2007). El poder de la cartografía social en las prácticas contra hegemónicas o la cartografía social como estrategia para diagnosticar nuestro territorio.
- Harley, J. (2005). *La nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre historia de la cartografía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Herrera, J. (2016). *Sujetos a mapas. Etnización y luchas por la tierra en el Caribe colombiano*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Hosie, S. (2017). *Planos vivos Pescaíto. Investigación participativa y desarrollo sostenible*. Bogotá: Findeter.
- Mignolo, W. (2016). *El lado más oscuro del renacimiento. Alfabetización, territorialidad y colonización*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Montoya, V. (2009). La cartografía social como instrumento para otras geografías. Apuntes para un diálogo de saberes territoriales. En C. I. (Ed.), *Universos Socioespaciales. Procedencias y destinos*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Montoya, V., García, A., & Ospina, C. (Abril de 2014). Andar dibujando y dibujar andando. Cartografía social y producción colectiva de conocimientos. *Nómadas*, 40, 191-205.
- Oslender, U. (enero-junio de 2017). Ontología relacional y cartografía social: ¿hacia un contra-mapeo emancipador, o ilusión contra-hegemónica? *Tábula Rasa*(26), 247-262.
- Salamanca, C., & Espina, R. (2012). *Mapas y derechos: experiencias y aprendizajes en América Latina*. Rosario: Universidad Nacional de Rosario.